

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

ALINA REYNA DE GOLCONDA.

Cuento.

Hallábame yo en aquella edad en que todo nos parece nuevo y hermoso, y en que todo lo amamos con pasión, haciendo nuestra acalorada imaginación que hasta las ilusiones sean realidades; quiero decir con esto que tenía quince años, que me hallaba sin mi pesado pedagogo al lado, montado en un arrogante caballo inglés corriendo á galope tendido tras de un javalí que acosaban seis feroces lebreles. ¿Puede darse mayor dicha para un muchacho? Pero á las quatro horas de carrera caen rendidos mis perros, y yo poco ménos: me apeo, me recuesto sobre la verde yerba, suelto las riendas al caballo para que paste, saco de mi ligero repuesto una perdiz fiambre, y hago un excelente desayuno, porque lo sazónaba mi buen apetito.

Se supone que pasaba todo esto en una deliciosa pradera, formada por el derrame de dos colinas cubiertas de frondosos árboles; allá á lo lejos se divisaba en una ladera una graciosa aldea, y llámola graciosa por sus curiosas casitas y sus jardines, huertas y ricas mieses. Habeis de saber tambien que el cielo aparecia muy despejado, y que relucian aun sobre la tierra las gotitas de rocío qual cristalinas perlas: como el sol se hallaba al principio de su carrera, des-

pedia solo un calor suave, refrescado ademas por el manso soplo de los zefirillos.

Sea dicho todo esto para los amantes de la bella naturaleza, que tan completamente saben gozar del buen tiempo, y de los hermosos campos, pues por lo que á mí toca solo pensaba entonces en una mozuela que divisé á lo lejos, con su guardapiésillo y jubon blancos, llevando con gallardía un cántaro de leche en la cabeza. Seguila con los ojos, y la ví pasar una tabla que servia de puente á un arroyuelo, tomando luego una sendita que precisamente venia á dar al parage en que yo me hallaba. Acercóse á mí, y me pareció la mas hermosa de todas las mugeres; la comparé con las diosas de la fábula, y dí por sentado que serian horribles á par de ella las georgianas y circasianas, tan ponderadas de hermosas. Quedéme cortado, y sin saber que decirla; y para principiar la conversacion la pedí un poco de leche que me refrescase: diómela de buena voluntad. Esto me animó algun tanto, y pude preguntarla su nombre, familia y patria. Respondió á todo con suma modestia, sencillez y gracia. Trabamos inocente conversacion, y en ella supe que era de la cercana aldea, y que se llamaba Alina.

El tiempo es de plomo para los infelices, y vuela para los afortunados: creí hallarme á las primeras palabras de la conversacion, quando el ruido de los rústicos caramillos me hizo volver en mí, y conocer que ya era tarde, pues los pastores iban recogiendo sus ganados en los rediles.

Alina se despidió prontamente de mí, temerosa de llegar tarde á la aldea, y yo hize casi por fuerza que tomase una sortija en memoria de mi casto amor.

Monté á caballo, y me volví á mi casa triste y pensativo, y solo sentia no ser zagal de la aldea de Alina.

Por de contado me propuse de solo ir á cazar á la cañada, y esto no por destruir los paxarillos, pues no queria tirarlos por no asustar á Alina, sino por verla: se desvanecieron estas pueriles ideas como un sueño. Así que llegué á casa me dixo mi padre teniamos que ir á París; al otro dia ya estabamos en esta ciudad.

Acaba el tiempo con el duro bronce, y con el mas fino amor; partí desconsolado, y llegué con algun consuelo; conforme me iba alejando de Alina, se iba borrando su imagen de mi memoria, y el deseo de entrar en París, que era enteramente nuevo para mí, hacia olvidase los sencillos placeres del campo.

Disipóse el amor de mi corazon, y tomó su lugar la ambicion. Me dedicó mi padre á las armas, hice seis campañas, en las que recibí muchas honrosas heridas: tuve desgracia, y adelanté poco. Como aun era jóven, me hizo poca mella mi mala suerte; me dieron licencia, y volví á París.

Saliendo un dia de la opera me encontré con una hermosa dama que aguardaba su coche. Miróme con cuidado, y luego me preguntó si la conocia; díxela que creía era la primera vez que tenia la dicha de verla. Pues mirad-

me despacio , replicó ella , y yo la contexté que la obedecería con sumo gusto ; pero que quanto mas la miraba mas me iba convenciendo de la suma distancia que habia entre quanto hasta entonces habia visto , y el mérito de su agraciado rostro. Pues que tengo la desgracia de que mi cara no os haga acordar de mí , veamos si tienen mas dicha mis manos : quitóse entonces un guante , y me enseñó el anillo que yo habia regalado á Alina : quedéme mudo de sorpresa. En esto llegó el coche , y entramos en él.

Por el camino me fué contando su historia , que venia á reducirse á que habiendo tenido la fortuna de agradar por su honestidad y sencillez á un caballero rico , la tomó éste por esposa ; como hubiese recaído en él un marquesado , tenia ella entonces el honor de ser marquesa. Mucho me agradó el encuentro y la feliz transformación de la pastorcita , á la que tal vez hubiera yo hecho tambien marquesa si hubiese segundado las visitas á la pradera. Pero ya solo conservaba yo una débil idea de aquella mi tan fugaz llama , y Alina me parece me habló solo por curiosidad ; pero yo no sé lo que hubiera sucedido si á pocos dias no hubiera yo recibido orden de partir al ejército.

Quince años estuve fuera de París , y al cabo de ellos pasé á la India con grado de Teniente General á mandar un ejército.

Entreténgase el poeta que mas desocupado se halle en pintar tempestades , naufragios y borrascas , que yo que solo atiendo á la verdad y á la brevedad , diré como así fué que llegué á mi des-

tino sin notable accidente, y que todo lo hallé sosegado de modo que mi viage mas me pareció cosa de pasatiempo que expedicion militar. Como tenia poco que hacer anduve recorriendo los diferentes Reynos que componen aquel espacioso pais; y me detuve en Golconda, que entonces era el mas floreciente.

Lo gobernaba una muger (que me dixeron era europea) con suma sabiduria, de modo que todos sus vasallos estaban ricos, pacíficos, y por lo tanto contentos. Las ciudades adornadas de hermosos edificios, presentaban mil comodidades y placeres á sus felices habitantes; y los labradores gozaban en los campos de abundancia, de honor y de libertad. Solo entre los Grandes habia algunos descontentos por causas que pronto sabremos.

Fuí muy bien recibido en la Corte de Golconda, y obsequiado con magnificencia: tuve una audiencia de la Reyna, á la que deseaba ver, porque me habian dicho era tan hermosa quanto sabia; pero no pude satisfacer mi curiosidad, pues segun la costumbre de aquel pais se mantuvo durante la audiencia con el velo echado.

Todo el dia lo pasaba yo en fiestas y diversiones, y con esto casi olvidaba la Francia, Alina pastorcita, y Alina marquesa; pero como dos dias despues de el de la audiencia, habiendo tenido un espléndido banquete, me quedase dormido, tuve una especie de sueño muy extraordinario.

Por de contado me hallé en la hermosa pradera donde ví la primera vez á Alina; distinguí

muy bien el arroyo , el puentecillo , la graciosa aldea , sus huertas , sus jardines , y sus ricas mieses : era al poco mas ó menos la misma hora , y para que la ilusion fuese completa , ví aparecerse á la misma mismísima Alina con su juboncito , su guardapiésillo blanco , y su cantarito de leche en la cabeza : pasó el puente , tomó la sendita , y se vino para mí ; yo absorto dudando si estaba durmiendo ó despierto , en la India ó en Europa , si era aun el muchachuelo que corria tras el javalí , ó el Teniente General que mandaba las tropas francesas en el Asia. En esto se me acerca Alina , y me habla con sumo cariño , quejándose de mi larga ausencia , y diciéndome palabras tan inocentes , tan cariñosas , tan tiernas , que mi amor renació con la mayor fuerza ; y en el transporte de mi pasion la juré que fuese que estuviese soñando ó despierto , la habia de ser fiel toda la vida : tuvimos un frugal desayuno , y en tanto nos divertieron con sus danzas y cantinelas los aldeanos. Quando yo estaba en el colmo de mis dichas me despertó un ruido espantoso de batalla. Salgo azorado de mi estancia , y averiguo al instante que varios magnates de Golconda , descontentos de ser gobernados por una muger de Europa , é irritados aun mas de que les hubiese privado de ciertos privilegios con que oprimian al pueblo , habian formado una atroz conspiracion , y tenian encerrada á la Reyna y á todos sus partidarios. Irritóme tal maldad , y mas contra una Reyna tan justa , europea , y célebre por su hermosura ; al instante juntando

mis tropas acometí á los rebeldes , y los vencí, quedando con esto en libertad la Reyna y los de su partido.

Á poco rato fuí llamado al salon de audiencia, donde hallé á la Soberana de Golconda sentada en su magnífico solio , cubierta de su velo, y acompañada de todos sus cortesanos. Diéronme gracias por el gran favor que acababa de hacerles, y me dixo el primer Magnate del Reyno que su Soberana no hallaba otra paga que fuese capaz de recompensar mi zelo , que el darme su mano, y con ella el solio. No dexó de tentarme la propuesta ; pero al ir á aceptarla se me vino á la memoria con tal fuerza el juramento que poco antes habia hecho á Alina, aunque en sueños , que me propuse cumplirlo, renunciando por ella la corona de Golconda quando nada menos.

Direis que fué una extravagancia , no lo niego ; pero sabed que fué feliz , pues apenas hu-
be renunciado tan alto favor , y dado la única razon que pudiera impedirme el aceptarlo, quando cayó el velo del rostro de la Reyna , y ví á la hermosa Alina , á cuyos pies me arrojé; pero ella me levantó al instante á sus brazos.

Como un relámpago desaparecieron todos los cortesanos dexándonos solos ; y entonces Alina me contó los extraños sucesos de su vida , y el modo como habiendo sido apresada por unos corsarios , vino á parar á aquel pais , y fué encerrada en el serrallo de su Soberano. Tuvo la dicha de agradar á éste , mereció llegar á ser su esposa , y se mostró digna de tan eminente

puesto por los sabios consejos que daba al Rey, de modo que al tiempo de morir, el mayor beneficio que éste pudo hacer á sus vasallos fué el nombrarla su heredera.

Añadió que me habia conocido así que llegué á sus estados, y que queriendo hacer prueba de mi corazon habia dispuesto se me diese en el banquete una bebida que me adormeciese. De modo es, la dixe, que lo que yo creía sueño, pasó real y verdaderamente. Tú eres la Alina que entonces ví, y aquellos los campos donde fueron nuestros primeros amores, el puente, la aldea. — Cierto, cierto.... Me divertí con tu sorpresa, tuve el gusto de escudriñar tu corazon, que hallé tan sencillo qual siempre me lo habia imaginado, y en fin ví que tu primera passion se reanimaba con grande fuerza. Satisfecha de esta prueba hice echar en el vaso los polvos que adormecian, te volvistes á quedar dormido, y de este modo has dudado si es realidad ó sueño lo pasado; porque ¿de dónde podrias tú pensarte hallar á Alina en Golconda, y en semejante disposicion?

Pero si quisieses saber como ha podido trasladarse á Golconda mi aldea y la pradera, te diré que no olvidé en el trono mi primer origen; al contrario me acordaba mas y mas de él, echando menos en el brillo á la sencillez, y en las inquietudes del mandar el reposo de la aldea. Dicen que los primeros amores son los únicos verdaderos, y lo experimenté en mí; quise pues tener cerca de la Corte el teatro de mi felicidad, poder ser Reyna y pastorcita á un tiempo. Den-